

Capítulo 12 - La visión inusual del dragón - La balada de un dragón semibenigno

Tan privilegiado como el mundo era al ser testigo de su esplendor, Doomwing sabía demasiado bien que había momentos en que era mejor viajar sin ser visto. Un dragón de su tamaño y potencia solía atraer problemas, ya fuera en forma de desafíos o de individuos buscando ganarse su favor. Hoy, no tenía intención de encontrarse con ninguno de estos, por lo que decidió ocultarse a simple vista. Era un ocultamiento modesto, una hechicería de décimo grado que le permitía esconder su presencia de los demás. Sin embargo, si por casualidad se encontraba con alguna de las pocas fuerzas capaces de desafiarlo en combate, un símbolo de ocultamiento sería interpretado como un preludio a la confrontación. Esta magia, sin embargo, dejaba bien claro a quienes tenían suficiente destreza y poder que él no buscaba pelea, sino que ansiaba viajar sin ser molestado. Debajo de él, el bosque aparentemente infinito que dominaba Anthracia se había abierto paso hacia una vasta llanura ondulada cubierta de hierba y salpicada de árboles ocasionales. Sobre la llanura se alzaban torres de rocas negras que rasgaban el cielo, junto con columnas de piedra gris pulida que se elevaban aún más alto. Las columnas estaban cubiertas con antiguos registros mágicos de los enanos y estaban imbuídas con una serie de runas, desde las básicas hasta algunas mayores. Doomwing sonrió levemente. En los días remotos de la Tercera Edad, cuando los mares se elevaron para engullir el mundo, esta zona se encontraba sumergida bajo las olas. Aunque muchos elfos buscaron refugio en las ramas de los Árboles Hijos, otros se aliaron con los enanos, los firmes hijos de la tierra. Los enanos perdieron sus hogares ante las aguas crecientes y se retiraron a las cumbres más altas y remotas en busca de seguridad. Pero algunos buscaron refugio no en montañas, sino en el cielo, formando alianzas con los elfos de ideas afines para construir barcos capaces de navegar entre las nubes e incluso una ciudad que surcaba el firmamento. Esos barcos y dicha ciudad requerían enormes cantidades de magia para mantenerse en el aire. Las torres de roca negra en la llanura eran conductos naturales que permitían el flujo de magia entre tierra y cielo. Los enanos y elfos las estudiaron y crearon las columnas grises para aprovechar esa magia más fácilmente. En esos días, todo era prosperidad y avances. Los enanos y elfos profundizaron en la relación entre magia y mecánica, desarrollando técnicas que combinaban ambas en efectos devastadores. Sus barcos y ciudades portaban armas alimentadas por las energías del mundo, canalizadas a través de artefactos de magnífica manufactura que transformaban esa energía mágica en poderosos hechizos. Doomwing se deleitaba con su enfoque de la magia, habiendo dedicado años a aprender y explorar junto a ellos. Era menor entonces, lo que facilitaba refugiarse

en la vasta isla flotante donde descansaba la ciudad, y mantenía buenas relaciones con Aurai, la dríada que residía en el corazón de aquella ciudad. Solo una dríada como ella podía gestionar los mecanismos y magias que permitían que la ciudad volara, y ella, de todas las Hijas de los Árboles, amaba el cielo más que la tierra. Pero esos días no duraron y, al fin, ella y casi todos los enanos y elfos que apreciaba perecieron en la batalla contra la Tercera Catástrofe. Con su desaparición, los elfos y enanos abandonaron los cielos y nunca más se construyeron ciudades que surcaran el aire ni barcos que navegaran entre las nubes. Ahora, los enanos solo soñaban con piedra y roca, y los elfos rara vez abandonaban sus bosques. Quizá algún día, él encontraría enanos y elfos aún soñando con el cielo, y tal vez enseñarles a volar nuevamente. Pero mientras sobrevolaba la llanura, algo muy particular captó su atención: centauros luchando contra una gran hidra de cinco cabezas. Eso, en sí, no era extraño. Las hidras eran frecuentes en las llanuras donde cazaban ovejas, bisontes y cualquier presa que pudieran atrapar. Los centauros, por su tamaño superior al de los caballos comunes, eran presas ideales para una hidra hambrienta, especialmente si los sorprendía o tenían crías a su lado. Es cierto que los centauros podían superar a una hidra en velocidad, pero estas criaturas no se cansaban fácilmente y mantenían un ritmo constante durante días, agotando lentamente a sus adversarios hasta que éstos se detenían a luchar o se alejaban exhaustos. De cualquier modo, la hidra siempre encontraba comida. Lo que resultaba inusual, sin embargo, era la presencia de goblins montados en los lomos de los centauros. Por un momento, Doomwing se preguntó si los goblins colaboraban con la hidra. Durante la Quinta Edad, cuando los centauros entraron en guerra con los elfos, los hijos del bosque aprendieron rápidamente que lanzarse sobre un centauro era una forma fácil de matarlos. Pero estos goblins no atacaban a los centauros; en cambio, usaban magia o arcos para disparar a la hidra, mientras que los centauros mantenían su distancia, avanzando de vez en cuando para apuñalar al reptil con lanzas largas o arrojarles tajos. Doomwing se rio ligeramente. Nunca había visto algo así antes, pero aquello era, sin duda, novedoso... y muy divertido. Observando la escena, no pudo evitar admirar su coordinación. Los goblins, en su mayoría, eran relativamente frágiles físicamente. Su mayor ventaja residía en cuánto maduraban rápidamente. Un goblin podía vivir apenas cincuenta años, pero a los siete u ocho ya estaba listo para pelear. En contraste, los elfos podían vivir cientos de años, pero pocos de menos de cincuenta se enfrentaban a una batalla, salvo en situaciones extremas. Los centauros, sin embargo, tenían una esperanza de vida similar a la de los humanos. Un goblin montado en un centauro no necesitaba preocuparse por ser superado en fuerza o velocidad; cualquier adversario que se acercara lo bastante para alcanzarlos tendría que lidiar con la fuerza y rapidez del centauro. Para él, era molesto luchar contra centauros bien armados, con escudo resistente y lanza. Desde la vista del centauro, los goblins podían usar magia o flechas sin parar, manteniendo la distancia mientras el animal avanzaba. Cuando la hidra intentaba cargar, los centauros retrocedían y, en ese mismo movimiento, los goblins disparaban o lanzaban hechizos. Solo cuando la criatura se exponía demasiado, los centauros lanzaban sus armas en ataque, potenciados por la magia de los goblins para protegerse y aprovechar la oportunidad. Por un momento, imaginó a Marcus y Elerion cabalgando en un centauro, pero rápidamente descartó la idea con una sonrisa. Ambos seguro discutirían más que luchar, y en minutos, el centauro los echaría con su ferocidad. Hmm... quizás podría buscar un centauro para Antaria, solo para fastidiar a esa unicornio suya. La hidra rugió, y uno de los centauros perdió la estabilidad. El equino se tambaleó, y las cabezas de la criatura retrocedieron, preparadas para lanzar una andanada de ácido que acabaría con el centauro y los goblins en su lomo. Doomwing decidió intervenir, no porque le importara mucho si vivían o morían, sino por su curiosidad. La forma más sencilla de aprender más era preguntando a quienes estaban allí. Propinó un hechizo de décimo grado, un ataque directo que destruía todos los órganos vitales del objetivo en un instante. La hidra emitió un

grito sorpresa y cayó de lado, pero todavía no estaba muerta. Las hidras tenían capacidad de regeneración, así que un simple daño en órganos no era suficiente para acabar con ellas. Usó un segundo hechizo, otra magia de décimo grado que impedía la regeneración y sanación. Solo entonces, la hidra dejó de existir. Los centauros y goblins quedaron confundidos, y Doomwing se mostró. Aterrizó con un salto que sacudió la tierra, y los integrantes de aquella contundente presencia lo miraron horrorizados. Varios comenzaron a preparar sus armas, pero un anciano goblin, con cabello gris y muchas arrugas, gritó por la calma. "¡No ataquen!" gritó. Hubo murmullos, pero aquel goblin parecía tener autoridad porque todos obedecieron. El goblin empujó a un centauro con el que estaba y este avanzó lentamente. "Gran dragón," dijo, "soy Derzu, jefe de los goblins que habitan en esta zona. ¿Sería posible negociar?" Doomwing mostró sus dientes. "Quizá. Pero, ¿por qué preguntas?" Derzu se encogió de hombros. "Creo que es seguro decir que tú mataste a la hidra con la que luchábamos. Con un poder como el tuyo, ya estaríamos muertos si quisieras hacernos daño. Creo que buscas algo de nosotros, y quisiera saber qué es, para que podamos abandonar esta zona con vida." "Eres inteligente, Derzu." Doomwingrió. "Soy Doomwing. Estoy atravesando esta región en busca de ciertas plantas y criaturas arbóreas. Pero te vi a ti y a tus compañeros mientras volaba por encima." "No nos vimos," dijo Derzu. "Mi magia me ocultó," respondió Doomwing. "He vivido muchos años, pero nunca vi a un goblin montar en el lomo de un centauro a menos que intentara matarlo." "¿Ah?" Derzu sonrió tenuemente. "¿Quieres saber por qué trabajamos juntos?" "Tengo curiosidad," afirmó Doomwing. La sonrisa de Derzu se amplió. "Durante muchos años, mi pueblo y los centauros estuvimos en guerra." "Una guerra que íbamos ganando," dijo el centauro que montaba. "¡Bah! Era un empate," replicó Derzu. "La vida en las Llanuras no siempre es fácil, y los recursos son limitados. Pero tuvimos que unirnos hace tres siglos cuando los lobos gigantes arribaron al territorio. En manadas, eran una amenaza tanto para goblins como para centauros. Por desesperación, nuestros antepasados formaron una alianza. Logramos ahuyentar a los lobos, y nos dimos cuenta de que la vida era más sencilla trabajando juntos que peleando entre nosotros." Se encogió de hombros. "Y desde entonces, esa alianza se mantiene." "¿Y la hidra?" "Las hidras cazan tanto a goblins como a centauros." Derzu hizo una mueca. "Viajamos por las llanuras, estableciendo campamentos donde las condiciones son mejores. Esta hidra nos ha estado siguiendo un tiempo, y queríamos enfrentarnos a ella lejos de nuestro campamento, para que pudiera huir si fallábamos." Se inclinó profundamente, igual que los otros goblins y centauros. "Pensábamos perder al menos una docena de ellos, pero estamos todos sanos porque tú mataste a la hidra." "No habría podido hacerte preguntas si estuvieras muerto," dijo Doomwing. En realidad, podría haberlo hecho, pero evitaba la nigromancia salvo en casos extremos. La Pérdida Cuarta lo volvía cauteloso con ese tipo de magia. "Y fue algo simple de manejar." "Para nosotros, no lo fue," afirmó Derzu, mostrando sus dientes. "Una hidra muerta es un gran beneficio, no solo por la seguridad que brinda su muerte, sino por las riquezas que deja atrás." "¿En serio?" "El veneno y la sangre de una hidra son mortales, al igual que su ácido. Podemos almacenarlos y usarlos para impregnar flechas o lanzas, facilitándonos matar a nuestros enemigos. Las escamas, fuertes y resistentes a venenos y hechizos, nos sirven para crear armaduras finas. También, sus dientes se pueden transformar en armas. Hasta su carne es útil, siempre que se drene de sangre y se limpie con magia antes de comerla. Es sabrosa, nutritiva y ayuda a jóvenes y ancianos a fortalecer su poder. Realmente, nos has dado un regalo en esta jornada... si nos permites quedarnos con la hidra." La estima de Doomwing hacia el goblin creció. Era cortés, pero también astuto, consciente de que solo recibiría lo que él mismo decidiera entregar. "No me interesa la hidra, tengo otras presas en mente." La última vez, había pasado por allí con la intención de buscar ballenas celestiales. No le disgustaría cazar unas cuantas si las encontraba. "A cambio, quisiera saber qué ha ocurrido en esta zona. ¿Quiénes son los grandes

poderes? ¿Ha habido actividad inusual? Y si pudieras contarme algo sobre la dríada que seguramente vive cerca, me sería de ayuda." "Ah, en ese caso, estaremos encantados de compartir lo que sepamos, solo... ¿quieres hacerle daño?" preguntó Derzu antes de añadir rápidamente: "No pretendo decirte qué hacer, pero hemos tratado con ella antes. Es exigente en los tratos, pero justa, y cumple sus juramentos. No quisiera que le ocurriera nada malo." "No tengo intención de hacerle daño," afirmó Doomwing. "Pero ella es quien puede conducirme a las plantas y criaturas arbóreas que busco." "Eso es bueno de oír." Derzu asintió. "Compartiremos lo que sepamos." Tres aspectos resaltaron en la información que Derzu compartió con Doomwing. Primero, la dríada todavía permanecía en la zona, aunque parecía haber enfrentado dificultades recientes; ella no reveló cuáles, pues no se lo había dicho. Segundo, los ballenas celestiales aún existían, aunque solo aparecían unas pocas veces al año, permaneciendo unas semanas y luego desapareciendo. Si sus cálculos eran correctos, deberían llegar en cualquier momento. Doomwing lamió sus labios ante esa noticia. Hace siglos que no cazaba una ballena celestial. La última pieza de información valiosa era la presencia de enanos, que aparentemente habían llegado a las inmediaciones de las llanuras hace quizá un siglo. No sabía exactamente qué hacían tan lejos de sus montañas, pero a veces intercambiaban recursos por armas. "Tu información ha sido útil," dijo Doomwing. "Gracias." Derzu se rascó la nuca. "¿Piensas cazar ballenas celestiales?" "Lo había considerado," respondió Doomwing. "Son deliciosas." "¿Consumes toda su carne?" preguntó Derzu. "¿Piensas aprovechar algunos restos?" Doomwing consideró la pregunta y se rió. "Sus dientes nos son muy útiles, al igual que algunas otras partes. Pero no es fácil cazarlas. Solo hemos matado a las que estaban demasiado viejas o enfermas para volar." "Entiendo," concluyó Doomwing. "Muy bien. Si atrapo alguna, dejaré lo que no coma. Si tú o alguien más encuentra los restos, no me compete qué hagan con ellos." Derzu hizo una reverencia. "Gracias por ello." Doomwing alzó el vuelo, dejando a los goblins y centauros atrás. Algunos tal vez pensaron que su actitud era extraña, pero para él, era simplemente lógico. El reino de Antaria había enviado soldados a saquear sus tierras. Les mostró la indiferencia que merecían, que en realidad era ninguna. Sin embargo, Derzu y sus acompañantes habían sido respetuosos, habían ofrecido información valiosa y no habían actuado con imprudencia. Doomwing no era una bestia irracional para exterminarlos sin motivo. Además, tener relaciones razonables con los habitantes de esta región podía beneficiarlo en el futuro. Quizá, incluso, convencer a unos cuantos centauros y goblins de unirse a su causa. Ahora, era momento de averiguar qué ocurría con la dríada, cazar alguna ballena celestial, y visitar a los enanos. Nada más en estas tierras, a menos que... sí, quizás estaban en busca de relicarios de la Tercera Edad.

Revisión #1

Creado 10 julio 2026 05:52:58 por Alice Johnson

Actualizado 10 julio 2026 05:53:07 por Alice Johnson